

Nos abstenemos de sentar toda teoría personal; somos meros narradores; nos colocamos bajo el punto de vista de Juan Valjean y traducimos sus impresiones.

Juan Valjean tenía ante sus ojos la cumbre sublime de la abnegación, la más alta de las virtudes, la inocencia, que perdona á los hombres sus culpas y que las expía por ellos; la práctica de la servidumbre, la aceptación de la tortura, el suplicio pedido por las almas que no han pecado, para librar de éste á las almas que han delinquido; el amor á la humanidad abismándose en el amor á Dios, pero permaneciendo distinto y suplicante; débiles seres que confunden la miseria de los condenados con la sonrisa de los escogidos.

Entonces recordaba con sentimiento que se había atrevido á quejarse.

Con frecuencia, á la mitad de la noche se levantaba del lecho para ir á oír el canto de gratitud de esas criaturas inocentes y aniquiladas por las rigideces, y sentía frío en las venas al pensar que los que eran justamente castigados, solo elevaban la voz hasta el cielo para blasfemar, y que él fué tan miserable que hasta había amenazado á Dios.

Lo que le hacía meditar profundamente era la singularidad de que todos cuantos esfuerzos había hecho para librarse del otro sitio de expiación, el escalamiento, el rompimiento de la clausura, el peligro de muerte aceptado y la ascension brusca y difícil, tuvo también que realizarlos lo mismo para entrar en este segundo sitio. ¿Era acaso este el símbolo de su destino?

Aquella casa era también una cárcel y se parecía lúgubramente á la otra de donde se fugó, y jamás se le había ocurrido esta semejanza. Veía allí rejas, cerrojos, barras de hierro. Para qué? Para guardar ángeles. Las altas paredes que había visto levantadas para encerrar tigres, ahora las veía encerrando ovejas. El convento era un lugar de expiación, no de castigo, pero no por esto era menos austero, menos tétrico ni menos inexora-

ble que el presidio. Aquellas vírgenes vivían más oprimidas que los forzados. El viento frío y rudo, el viento que heló su juventud, atravesaba el foso enrejado y encadenado de los buitres, y otro viento más aspero y más doloroso mugía en la jaula de las palomas. Por qué?

Cuando Juan Valjean meditaba sobre esto se abismaba su espíritu ante la sublimidad de este misterio. Durante estas meditaciones desaparecía su orgullo. Se examinaba detenidamente á sí mismo, sentía no ser mejor y lloraba muchas veces. Cuanto había sentido su alma en seis meses le conducía más y más á las santas recomendaciones del obispo; Cosette le arrastraba á ellas por el amor y el convento por la humildad.

Algunas veces, á la caída de la tarde, á la hora del crepúsculo, cuando el jardín estaba desierto, se arrodillaba en medio del paseo que costea la capilla, delante de la ventana á la que se asomó la primera noche, y de cara al sitio en que se colocaba la hermana que hacía la reparación, y rezaba de rodillas ante ella.

Parecía que no se atreviera á arrodillarse directamente delante de Dios.

Todo lo que le rodeaba, el apacible jardín, las flores embalsamadas, las niñas dando gritos de alegría, las mujeres graves y sencillas y el claustro silencioso, le penetraban lentamente; y poco á poco su alma iba adquiriendo el silencio del claustro, el perfume de las flores, la paz del jardín, la ingenuidad de las monjas y la alegría de las niñas. Después recordaba que dos casas de Dios le habían acogido en los momentos más críticos de su vida: la primera, cuando todas las puertas se le cerraban y le rechazaba la sociedad humana; y la segunda, cuando la sociedad humana volvía á perseguirle y el presidio volvía á solicitarle; sin la primera hubiera recaído en el crimen, sin la segunda le esperaba el suplicio. Su corazón se deshacía en gratitud y amaba más cada día.

Así transcurrieron algunos años y Cosette iba creciendo en el convento.

TERCERA PARTE.

MARIO.

LIBRO PRIMERO.

Paris estudiado en su átomo.

I.

Parvulus.

Paris tiene su hijo y el bosque su pájaro; el pájaro se llama gorrion y el hijo pilluelo.

Asociad estas dos ideas, que contienen, la una un foco de luz y la otra una aurora; haced que se choquen esas dos chispas, Paris y la infancia, y brotará de ellas un sér pequeño. *Homuncio*, como diría Plauto.

Este sér pequeño es muy alegre. No todos los días come y se le ocurre ir á los espectáculos todas las noches. Ni camisa cubre sus carnes, ni zapatos sus piés, ni techo su cabeza; carece de todo eso, como los pájaros. Cuenta de siete á trece años; vive en bandadas, trota por el empedrado, habita al aire libre, lleva un pantalón viejo de su padre, que le arrastra por el suelo; un sombrero deteriorado de cualquiera, que se le mete hasta las orejas; un tirante solo, de orillo amarillo; corre, espía, pierde el tiempo, culota pipas, jura como un carretero, frecuenta las tabernas, conoce á los ladrones, tutea á las rameras, habla el caló, canta canciones obscenas y no tiene mal corazón: esto consiste que encierra en el alma la perla de la inocencia, y las perlas no se disuelven en el fango. Mientras el hom-

bre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si se le preguntase á la gran ciudad: Quién es ese? respondería: Es mi hijo.

II.

Señas particulares.

El pilluelo de Paris es el hijo enano de una gigante.

Para no exagerar diremos que este querubín del arroyo á veces tiene camisa, pero una sola; suele tener zapatos, pero sin suela; tiene á veces casa y la aprecia, porque en ella vé á su madre, pero prefiere la calle, porque en ella encuentra la libertad. Tiene sus juegos propios, su malicia peculiar, cuyo fondo es el odio al vecino acomodado. Tiene sus metáforas especiales: á morir llama *comerse la achicoria amarga por la raíz*. Se ocupa en proporcionar coches de alquiler, en bajar el estribo de los carruajes, en restablecer el paso de una acera á otra los días de lluvia, á lo que llama *hacer puentes de las artes*; en pregonar los discursos de la autoridad en favor del pueblo francés, y en ahondar las junturas del empedrado. Tiene su moneda particular, que se compone de los pedazos de cobre que encuentra por la calle: esta curiosa moneda, que llama *arambeles*, tiene curso invariable y arreglado entre su reducida sociedad de gitani-llos.

Tiene, en fin, su fauna, que observa estudiosamente en los rincónes: la bestia de Dios, el pulgon cabeza de muerto, la zanenda, el "diablo," que es un insecto

negro que amenaza torciendo la cola, armada con dos cuernos. Tiene su monstruo fabuloso, con escamas en el vientre sin ser lagarto, con pústulas en el dorso sin ser sapo, que vive en los agujeros de los hornos viejos de cal y en los de los pozos secos; que es negro, velludo, viscoso, rampante, unas veces ligero, otras pesado, que no grita, pero mira, y es tan terrible que nadie le ha visto nunca. A ese monstruo le llama la "salamandra,". Buscar salamandras entre las piedras es para él extraordinario placer, y no lo es menor el de levantar el empedrado y ver las correderas. Cada region de Paris es interesante por los descubrimientos importantes que en ella puede hacer: en las leñeras de las Ursulinas hay gusanos tijeretas; en el Panteon cienpiés; en las zanjas del Campo de Marte renacuajos.

En cuanto á ocurrencias, las tiene este chicuelo como Talleyrand; no es menos cínico, pero le gana en honradez. Está dotado de cierta jovialidad imprevista y desconcierta á los tenderos con su loca risa. Su diapason recorre todos los tonos, desde el drama hasta el sainete.

Pasa un entierro. Entre los que acompañan el cadáver vá un médico.—Calla! exclama el pilluelo. ¿Desde cuándo los médicos van personalmente á devolver su faena?

Otras veces, en medio de la multitud, un hombre grave, cargado de anteojos y de dijes, se vuelve indignado y le dice:

—Bribon, acabas de coger la "cintura," de mi esposa.

—Yo, señor! Registradme.

III.

Se divierte.

Por la noche, gracias á la calderilla que siempre encuentra medio de proporcionarse, puede entrar en el teatro el *homuncio*. En cuanto el pilluelo atraviesa el umbral mágico se convierte en tití. Los teatros son una especie de navío vuelto del revés, que tienen la cala en lo alto: á ésta sube el tití. El tití es al pilluelo lo que es la mariposa á la oruga; el mismo sér, pero volando y cerniéndose.

Basta que esté allí con la expansion de felicidad, con su poder de entusiasmo y de alegría, con sus palmoteos, semejantes al batir de alas, para que la cala, estrecha, fétida, oscura, malsana y abominable, se llame paraíso.

Dad á un sér lo inútil y quitadle lo necesario y os resultará el pilluelo.

El pilluelo está dotado de cierta intuición literaria. Su tendencia, lo decimos con todo el dolor debido, no es al gusto clásico; es por naturaleza poco académico. Puede verse un ejemplo de ello en la popularidad de la señorita Mars, popularidad que el reducido número de chicuelos turbulentos sazónaba con algo de ironía. El pilluelo la llamaba la señorita *Mate*.

El pilluelo vocea, se burla, se mueve, lucha, vá apedazado como un niño pequeño y envuelto en harapos como un filósofo; pesca en los albañales, caza en las cloacas, saca alegría de la inmundicia, azota las calles con su locuacidad, husmea y muerde, silba y canta; entona aleyas con la música del Mambrú, salmodia todos los ritmos, desde el *De profundis* hasta la *Mascarada*; encuentra sin buscar, sabe lo que ignora, es oportuno hasta la ratería, loco hasta la sabiduría, lírico hasta la obscenidad; se acurrucaria en el Olimpo; se revuelca en el estiércol y sale de allí cubierto de estrellas. El pilluelo es Rabelais en miniatura.

No le gustan los pantalones si no tienen bolsillo de reloj.

Se asombra poco, se asusta menos aun, convierte las supersticiones en cantares, deshincha las exageraciones, hace burla de los misterios, saca la lengua á los aparecidos, despoetiza á los encumbrados, introduce la caricatura en las hipótesis épicas.

Esto no quiere decir que el pilluelo sea prosáico, muy lejos de eso, pero reemplaza la vision solemne con la fantasmagoría de farsa. Si se le presentase Adamastor, él le diría:—¡Anda, espantajo!

IV.

Puede ser útil.

Paris empieza en el papanatas y termina en el pilluelo: estos son dos séres que no tiene ninguna otra capital; la aceptación pasiva que se satisface con mirar y la iniciativa inagotable: Prudhomme y Fouillou. Solo Paris tiene esos tipos en su historia natural. El papanatas representa la monarquía; el pilluelo la anarquía.

El hijo pálido de los arrabales de Paris vive y se desarrolla, se enrosca y se desenrosca en el sufrimiento, ante las realidades sociales y las acciones huma-

nas, como un testigo pensativo. Se cree indiferente y no lo es. Todo lo observa, predispuerto siempre á reir y tambien predispuerto á ver las cosas de otra manera. ¡Guardaos del pilluelo indiferente; preocupaciones, abusos, ignominia, opresión, iniquidad, injusticia, fanatismo!

El chicuelo crecerá.

De qué masa fué creado? Del primer fango que se encontró. De un puñado de tierra y de un soplo, como Adán. Bastó que soprase Dios. La fortuna trabaja en favor del pilluelo; por fortuna entendemos aquí el azar. Este pigmeo amasado de la tierra tosca y comun, ignorante, iletrado, aturdido, vulgar, populachero, será un jonio ó un beocio? Esperad, *currit rota*, el espíritu de Paris, ese demonio que crea los hijos de la casualidad y los hombres del destino, y que al revés que el alfarero latino, hace del cántaro una ánfora.

V.

Sus fronteras.

El pilluelo le gusta la ciudad, pero también el campo; tiene algo de *sábio: urbis amator*, como Fusco; *ruris amator*, como Flaco.

Vagar soñando, es decir, pasearse á la ventura, es emplear muy bien el tiempo para un filósofo, particularmente en la campiña bastarda, fea, extraña y compuesta de dos naturalezas, que rodea á algunas grandes poblaciones, especialmente á Paris. Observar los alrededores es observar un anfibio. Concluyen los árboles y empiezan los tejados; concluye la yerba y empieza el empedrado; concluye el surco y empiezan las tiendas; concluyen los carriles y empiezan las pasiones; concluye el murmullo divino y empieza el rumor humano; este contraste ofrece extraordinario interés. Por eso, sin objeto al parecer, el soñador se dedica á pasear por esos sitios de poco atractivo y que el transeunte califica con el epíteto de *tristes*.

El que estas líneas escribe ha rondado mucho tiempo por las afueras de Paris, que son para él una fuente de profundos recuerdos. Le atraian agradablemente el césped cortado, los senderos pedregosos, la greda, las margas, los yesos, la áspera monotonía de eriales y de barbechos, los plantíos de frutas tempranas de los hortelanos, aquella mezcla de campestre y de urbano, aquellos vastos y desiertos rincones, donde los tambores de la

guarnición establecen ruidosa escuela, haciendo incompleto simulacro de la batalla; aquellos desiertos de dia y ladroneas de noche, el molino que gira á impulsos del viento, los aparatos de extracción de las canteras, las tabernas en las esquinas de los cementerios y el encanto misterioso de las grandes y sombrías tapias, que cortan á escuadra inmensos y vagos terrenos, inundados de sol y llenos de mariposas.

Casi nadie conoce aquellos sitios singulares, los pozos de la nieve, las tristes paredes de Grenelle, moteadas de balazos; el Monte Parnaso, el barranco de los Lobos, los Aubiers, sobre la pradera del Marne; el monte del Raton, la tumba de Isoire, la Piedra Llana de Chatillon.

La campiña de Roma representa una idea y las afueras de Paris otra; porque no ver en lo que nos ofrece el horizonte más que campos, casas ó árboles, es quedarse en la superficie: los aspectos que presentan las cosas son pensamientos de Dios. El sitio en que una llanura se une á una población está impregnado siempre de penetrante melancolía. La naturaleza y la humanidad hablan allí á la vez y aparecen allí las originalidades locales.

El que haya andado como nosotros errante por esas soledades contiguas á los arrabales, que pudieran llamarse los limbos de Paris, habrá descubierto aquí y allá, en el rincón más desierto y en el instante más inesperado, detrás de un seto ó en el ángulo de una pared lúgubre, niños agrupados confusamente, fétidos, llenos de polvo y de barro, haraposos, que juegan al chito, con florecillas en la cabeza: son los chicos que se escapan de las casas de las familias pobres. El boulevard exterior es un medio respirable; las afueras les pertenecen, y allí establecen sus escuelas los que hacen novillos, y cantan allí ingenuamente su repertorio de canciones libres. Allí pasan las horas disfrutando del sol de Mayo ó de Junio, arrodillados alrededor de un agujero hecho en la tierra, jugando á las chinas, irresponsables, huidos, sueltos y felices; apenas os ven se acuerdan de que deben tener una industria y que necesitan ganarse la vida, y os ofrecen para que les compreis una media vieja de lana llena de grillos ó un manojo de lilas. El encuentro de estos niños es una de las gracias mayores y más dolorosas de los alrededores de Paris.

Algunas veces entre el monton de

muchachos hay algunas niñas—quizás hermanas suyas—casi mozas ya, flacas, nerviosas, curtidas por el sol y por el aire, coronadas de espigas y de amapolas, esquivas, alegres y descalzas. Estos grupos, vivamente alumbrados por el sol del medio día, ó entrevistados á la luz del crepúsculo, preocupan al pensador, y sus visiones se aparecen ante sus pensamientos.

Paris es el centro y sus alrededores la circunferencia para estos niños: no conocen más mundo ni van más allá; no pueden salir de la atmósfera parisiense: como los peces, no pueden salir del agua. Para ellos no hay ya nada á dos leguas de la ronda: allí está el fin del universo.

VI.

Un poco de historia.

En la época, casi contemporánea, en que pasa la acción de esta novela, no habia, como en la actualidad, un agente de policía en cada boca-calle, y los muchachos vagabundos abundaban en Paris. Las estadísticas presentan, por término medio, doscientas sesenta criaturas sin asilo, recogidas todos los años, por las rondas de policía entonces, en los terrenos abiertos, en las casas en construcción y bajo los arcos de los puentes. Uno de estos nidos fué famoso por haber producido "las golondrinas del puente de Arcole". Por lo demás, este es el más desastroso de todos los síntomas sociales. Todos los crímenes del hombre empiezan en la vagancia de sus primeros años.

Exceptuemos á Paris, sin embargo, creyendo que es justa esta excepcion, á pesar del recuerdo que acabamos de evocar. Mientras en otras grandes ciudades el muchacho vagabundo es hombre perdido; mientras en otras partes el niño entregado á sí mismo está condenado hasta cierto punto á la inmersión fatal en los vicios públicos, el pilluelo de Paris, tan corrompido y tan gastado por la superficie, se halla interiormente casi intacto.

Debemos hacer constar aquí que brilla en el pilluelo, en la espléndida probidad de nuestras revoluciones populares, esa incorruptibilidad que resulta de la idea que está en la atmósfera de Paris como la sal en el agua del Océano. Respirar el aire de Paris conserva el alma.

Pero esto no se opone en manera algu-

na á que nos oprima el corazón cada vez que encontramos á alguno de esos niños, á cuyo alrededor parecen que se vean flotar rotos los hilos de la familia. En la civilización actual, tan incompleta aun, no es muy anormal esas rupturas de familia que hacen ignorar qué se han hecho los hijos, y que dejan caer los pedazos de sus entrañas en la vía pública. De aquí provienen los destinos desconocidos y la triste locución de "ser arrojado en medio del arroyo de Paris".

Digamos de paso que el abandono de niños no encontraba gran oposición en la antigua monarquía. Ver las costumbres del Egipto y de la Bohemia en las bajas regiones convenia á las altas esteras y á los poderosos. Era entonces un dogma profesar odio á la enseñanza de los hijos del pueblo. ¿De qué les sirve instruirse á medias? Esta era la consigna de los poderosos. El niño vagabundo era, pues, el corolario del niño ignorante.

Por otra parte, la monarquía necesitaba algunas veces muchachos, y entonces espumaba las calles.

En la época de Luis XIV, para no ir más atrás, el rey deseaba legítimamente crear una escuadra. La idea era loable, pero veamos cómo la realizó. No puede haber escuadra si al lado del buque de vela, que es juguete de los vientos, no se encuentra para remolcarlo en caso de necesidad otro buque de remo ó de vapor, que se le hace ir donde se quiere. En aquel tiempo las galeras desempeñaban en la marina el papel que hoy desempeñan los barcos de vapor. Necesitando galeras, como éstas no se mueven sin galeotes, hacian falta galeotes tambien. Colbert dispuso, por medio de los intendentes de provincia y por medio de los tribunales, que se reclutase el mayor número posible de galeotes. La magistratura se prestó á ello con gran complacencia. A cualquiera que tuviese el sombrero puesto en la cabeza al pasar una procesion, le tomaban por hugonote y le condenaban á galeras. Al muchacho que encontraban en la calle, que hubiera cumplido los quince años y no tuviese dónde acostarse, á galeras.

Gran reinado, gran siglo.

En tiempo de Luis XV desaparecian los niños de Paris. Los robaba la policía no se sabe para qué misterioso destino. Murmurábase en voz baja, haciéndose monstruosas suposiciones sobre los baños púrpúreos del rey. Barbier habla cándidamente de este asunto. A veces, los exentos que perseguian á los niños co-

gían á alguno que tenia padres. Los padres, desesperados, acudian á reclamarlos á los exentos. Intervenian entonces los tribunales y mandaban ahorcar... ¿á quién? á los exentos? No; á los padres.

VII.

El pilluelo podría ocupar un sitio en las clasificaciones de la India.

La pillería de Paris es casi una casta, y pudiera decirse: el pilluelo nace.

Los elementos que constituyen la consideración de los pilluelos entre ellos son muy variados. Sabemos que uno fué respetado y admirado porque vió caer á un hombre desde lo alto de las torres de Nuestra Señora; otro por haber conseguido penetrar en el patio interior donde estaban temporalmente depositadas las estatuas de la cúpula de los Inválidos y haberse "apropiado," un poco de plomo; otro por haber visto volcar una diligencia; otro porque conocia á un soldado que casi dejó tuerto á un paisano.

Esto explica la siguiente exclamación de un pilluelo parisiense, que es un epíteto profundo, del que se ríe el vulgo sin comprenderle:

—¡Dios mío, tengo la desgracia de poder decir que todavía no he visto caer á nadie de un quinto piso!

Tambien es notable esta frase de un campesino:

—"Tío Fulano, ha muerto vuestra mujer de la enfermedad; ¿por qué no llamásteis al médico?"

—"¿Qué quereis, señor! Los pobres *nos morimos solos.*"

Si en esta frase se pinta la pasividad del pueblo, en la siguiente se descubre la anarquía libre-pensadora del pilluelo del arrabal.

Un condenado á muerte, en la carreta escucha á su confesor, caminando hácia el suplicio. El pilluelo le vé y exclama:

—*Habla con el clerizonte! qué cobarde!*

Dá importancia al pilluelo ser audaz en materia de religion, ser espíritu fuerte.

Asistir á las ejecuciones es para él un deber. Se señalan unos á otros la guillotina y se rien. La han puesto varios apodos:—Fin de la cena.—Regañadientes.—La tía de lo azul (del cielo).—El último bocado, etc.

Para presenciar todo espectáculo, el pilluelo escala las paredes, trepa á los balcones, sube á gatas á los árboles, se

abraza á las chimeneas y se cuelga de las rejas. Puede decirse que nace pizarrero y marino: ni le asusta un tejado ni un mástil. Para él no hay fiesta que iguale á la de la Grève. Sanson (el verdugo) y Montes (el capellan de la cárcel) son los nombres verdaderamente populares. Azuza al paciente para animarle y algunas veces le admira.

Lacenaire, cuando era pilluelo, dijo, al ver morir con gran serenidad al atroz Dantun, esta frase, que encierra un porvenir:

—*Le tengo envidia.*

La pillería no conoce á Voltaire, pero conoce á Papavoine. Confunde en la misma leyenda á los políticos y á los asesinos. Conserva por tradición el recuerdo del último traje de todos. Sabe que Tolleron llevaba gorro de chispero; Avril casquete de núa; Louvel sombrero redondo; que el viejo Delaporte era calvo y llevaba la cabeza descubierta; que Castaing era sonrosado y guapo; que Bories gastaba perilla romántica, Juan Martín tirantes, y que Lecouffé y su madre iban riñendo.—*No os echeis á la cara el cesto*, les gritó un pilluelo. Otro, para ver pasar á Debacker, se encaramó á la farola del muelle. El gendarme de aquel punto frunció el entrecejo.

—Dejadme subir, señor gendarme, le dijo el pilluelo.

Y para enternecer á la autoridad, añadió:

—No me caeré.

—Nada me importa que te caigas, le respondió el gendarme.

Entre la pillería se aprecian mucho los accidentes memorables. Llega á la cúspide de la consideración el que de ellos se corta "hasta el hueso". Los puños son un elemento de respeto; una de las cosas que el pilluelo dice con más gusto es: *Yo soy muy fuerte!* Ser zurdo entre ellos es envidiable; ser bizco, es cosa superior.

VIII.

Donde se leerá una buena ocurrencia del último rey.

El pilluelo, durante el verano, se metamorfosea en rana, y por la tarde, al anochecer, delante de los puentes de Austerlitz y de Jena, desde lo alto de los montones de carbon y de las barcas de las lavanderas, se arroja de cabeza al Sena, infringiendo con audacia las leyes del pudor y las de la policía. Pero como los agentes vigilan, resulta de

aquí una situación dramática, que dió pie una vez á un grito fraternal y memorable, grito que fué célebre en 1830, y fué un aviso estratégico de un pilluelo á otro pilluelo:—*Eh! Titi, cuidado no te trinquen por el troncho; hay moros en la costa; coge la ropa y vete; pasa por la alcantarilla.*

Algunos pilluelos saben leer, otros escribir, y todos ellos pintarrapear. No vacilan en adquirir por medio de mútua y misteriosa enseñanza las habilidades que pueden ser útiles á la cosa pública. Desde 1815 á 1830 imitaban el graznido del pavo (1); desde 1830 á 1848 pintarrajeaban una pera en las paredes. Una tarde de verano en que Luis Felipe volvia á palacio á pié, vió que un pilluelo chiquitín sudaba y se empinaba para dibujar con carbon una pera gigantesca en uno de los pilares de la verja de Neuilly. El rey, con la bondad que heredó de Enrique IV, ayudó al pilluelo; acabó éste de dibujar la pera, y le dió un luis, diciéndole:—*En esa moneda tambien hay una pera.* El pilluelo está en sus glorias cuando hay gresca; le complace el estado violento. Detesta á los curas. Un dia, en la calle de la Universidad, uno de esos bribonzuelos estaba haciendo un gesto grotesco de manos y de nariz á la puerta cochera del número 69.—Por qué haces gestos á esa puerta? le preguntó un transeunte.—Porque ahí vive un cura, le contestó el pilluelo. En efecto, allí vivia el Nuncio. Esto no obstante, á pesar del volterianismo del pilluelo, si se le ofrece la ocasion de ser monaguillo la acepta y entonces ayuda á misa con exactitud. En dos cosas se parece á Tántalo; siempre las desea y nunca las consigue, y son: derribar al gobierno y que le cosan el pantalon.

El pilluelo, en su estado perfecto, conoce á todos los agentes de policia de Paris y sabe cómo se llama cada uno de ellos. Estudia sus costumbres y lleva notas particulares sobre cada uno de ellos: lee como en un libro abierto en las almas de la policia, por lo que os dice en seguida y sin titubear:—Fulano es un *traidor*; zutano es *muy malo*; éste es *grande*; aquel *ridículo*. Este se figura que es suyo el Puente-Nuevo, y prohíbe á la gente pasearse por la cornisa fuera del parapeto; aquel tiene la mala costumbre de tirar de las orejas á las *personas*, etc. etc.

(1) Las caricaturas de 1815 á 1830 pintaban á los Borbones en figura de pavos, y las de 1830 á 1848 pintaban las caras de Luis Felipe en figura de pera.

IX.

El antiguo espíritu de los galos.

El tipo de estos muchachuelos existia ya en Poquelin, hijo de los mercados, y tambien en Beaumarchais. La pillería es un matiz del espíritu galo; cuando se asocia al buen sentido, le dá fuerza como el alcohol al vino. Algunas veces es un defecto. Homero se repite muchas veces; tambien puede decirse que Voltaire pillea. Camilo Desmoulins era de los arrabales. Championet, que trataba brutalmente los milagros, habia salido del arroyo de las calles de Paris.

El pilluelo es respetuoso, irónico é insolente. Sus dientes son feos porque se alimenta mal y su estómago sufre; pero tiene buenos ojos porque es de ingenio agudo. En presencia de Jehová saltaria con la pata coja las gradas del paraiso. Toda clase de crecimiento es posible en él. Juega en el arroyo, se subleva en los motines; su tenacidad persiste ante la metralla; de pilluelo se convierte en héroe; como el tébano, sacude la piel del leon; el tambor Bara, que era un pilluelo de Paris, grita: Adelante! así como el caballo de la Escritura dice: *Vá!* y en un minuto pasa de pigmeo á gigante.

Este hijo del cieno es tambien hijo del ideal. Medid esta envergadura que vá desde Moliere á Bara.

Finalmente, y para reasumirlo todo en una frase, el pilluelo es un sér que se divierte porque es desgraciado.

X.

Ecce Paris, ecce homo.

Hoy el pilluelo de Paris es como el *græculus* de la antigua Roma, es el pueblo niño que tiene en la frente la arruga del mundo viejo.

El pilluelo es una gracia para la nacion y al mismo tiempo una enfermedad, enfermedad que es preciso curar. Cómo? Por medio de la luz.

La luz sanifica.

La luz alumbrá.

Todas las generosas irradiaciones sociales salen de la ciencia, de las letras, de las artes y de la enseñanza. Formad hombres; iluminadlos para que os calienten. Pronto ó tarde la magnífica cuestion de la instruccion universal se impondrá con la irresistible autoridad de

la verdad absoluta, y entonces los que gobiernen, bajo la vigilancia de la idea francesa, tendrán que elegir entre los hijos de Francia ó los pilluelos de Paris, entre las llamas de la luz ó entre los fuegos fátuos de la oscuridad.

El pilluelo representa á Paris y Paris representa al mundo. Paris es un total; es la cúpula del género humano. La prodigiosa ciudad es un resúmen de costumbres vivas y muertas. El que vé á Paris cree ver lo profundo de toda la historia, con el cielo y las constelaciones en los intervalos. Paris tiene su Capitolio, el Hotel de Ville; su Parthenon, Nuestra Señora; su Monte Aventino, el barrio de San Antonio; su Asinario, la Sorbona; su Panteon, el Panteon; su Via Sacra, el boulevard de los Italianos; su Torre de los Vientos, la opinion, y reemplaza las Gemonias con el ridículo. Su *majo* se llama faraute; su *trastiberino* se llama arrabalero; su *hammal*, su mozo de cordel; su *lazzaroni*, su vagabundo; su *cockney* se llama indígena. En Paris se encuentra todo lo que hay en todas partes. La verdulera de Dumarsais dá quince y falta á la vendedora de yerbas de Euripides; el discobolo Veyano revive en el bailarín de cuerda Forioso; Terapontigono Miles pudiera dar bien el brazo al granadero Vadeboucœur; Damisipo el buhonero viviria feliz entre los vendedores de trapo y de hierro viejo; Vincennes se apoderaria de Sócrates, como Agora enjaularia á Diderot; Grimod de la Reyniere descubrió el modo de hacer el roastbeef con sebo, como Curhilo inventó el erizo asado; reaparece bajo el globo del Arco de la Estrella el trapecio de Plauto; el traga-espadas del Pecilo, inventado por Apuleyo, es el traga-sables del Puente-Nuevo; el sobrino de Rameau y Curculion el parásito hacen pareja; Aigrefenille podria representar á Ergasilo en casa de Cambaceres; los cuatro petrimetros de Roma, Alcesimarco, Phadromo, Diabolo y Argyripo bajan de la Courtille en la silla de posta de Labatut; Aulo Gelio no se paraba más tiempo ante Congrio que Carlos Nodier ante Polichinela; Marton no es una tigre, como Pandalisca no era un dragon. Pantolabio el bufon recuerda en el café Inglés á Nomentano el vidior; Hermógenes es tenor en los Campos Elíseos, y á su alrededor Trasio, el mendigo, pide limosna, vestido de Bobeche. El vino de Suresne parodia al vino de Alba, el vaso lleno de vino tinto de Desangiers se equilibra con el de la gran copa de Balatron; el cementerio del

Padre Lachaise exhala con las lluvias nocturnas los mismos fuegos fátuos que las Esquilias, y la fosa del pobre comprada para cinco años, equivale al ataud alquilado del esclavo.

En Paris todo se encuentra. La cubeta de Trofonio reaparece en la de Mesmer; Ergafilao resucita en Cagliostro; el brazman Vasafanta se encarna en el conde de San German; el cementerio de San Medardo hace tan buenos milagros como la mezquita Umunié de Damasco.

El Esopo de Paris es Mayeux y la Caindia la señorita Lenormand. Se agita, como Delfos, en las fosforescentes realidades de la vision, y hace que giren las mesas como Dodoma las tripodes. Coloca en el trono á la griseta, como Roma á la cortesana, y si Luis XV es peor que Claudio, en cambio la Dubarry es mejor que Mesalina. Paris combina en un tipo inaudito, que vive y con el que nos codeamos, la desnudez griega, la úlcera hebrea y la gracia gascona, confundiendo en él á Diógenes, á Job y á Paillase; viste un espectro con ejemplares del *Constitucional* y crea á Chodruc Duclos.

Aunque Plutarco diga que *el tirano no envejece*, Roma, en los tiempos de Sila y en los de Domiciano, se resignaba y echaba con gusto agua en el vino. El Tíber era un Leteo, si hemos de dar crédito al elogio algo doctrinario que de él hacia Varus Vibiscus: *Contra gracos Tiberim habemus. Bibere Tiberim, id est, seditionem oblivisci.* Paris bebe un millon de litros de agua cada dia; pero esto no le impide cuando se presenta la ocasion tocar á generala y á somatén.

Por lo demás, Paris es un buen muchacho y todo lo admite régicamente; no es escrupuloso en la eleccion de su Venus; su Calipige es hotentota. Paris si se rie lo perdona todo; la fealdad le divierte, la deformidad le alegra y el vicio le distrae; absuelve al pícaro si es chistoso; ni la hipocresía, ese cinismo supremo, le incomoda; es tan literario que no se tapa la nariz ante Basilio y no se escandaliza de las palabras de Tartuffe, como Horacio no se escandaliza del "hipo," de Priapo.

Ninguna faccion del rostro universal falta al perfil de Paris. El baile de Mabillo no es la danza polimnia del Janículo, pero en él la revendedora de trajes atrae á la *loreta*, como la encubridora Estafila á la virgen Planesia. La barrera del Combate no es un Coliseo, pero hay en ella tanta ferocidad como si la estuviese mirando César. La hostelera

siriaca era más graciosa que la tía Sagnet; pero si Virgilio frecuentaba la taberna romana, David d' Angers, Balzac y Charlet se han sentado á la mesa del figon parisiense. Paris reina; los génius brillan en su recinto y los diablos prosperan en él. Adonai pasa por Paris con su carro de doce ruedas lanzando truenos y relámpagos. Sileno entra montado en su asno, es decir, entra Ramponneau.

Paris es sinónimo de Cosmos. Paris es Atenas, Roma, Sibaris, Jerusalem y Pantin; es un compendio de todas las civilizaciones y de todas las barbaries. Paris sentiria verse privado de la guillotina.

Le place tener de vez en cuando el espectáculo de la plaza de la Grève; ¿qué seria su eterna fiesta si le faltase esta salsa? Las leyes así lo han previsto en su sabiduría, y gracias á ellas la cuchilla gotea sangre en su continuo carnal.

XI.

Burlarse es reinar.

Paris no tiene límites. Ninguna otra ciudad ha ejercido nunca semejante dominación, que llega á escarnecer algunas veces á lo que subyuga. ¡*Divertios, atenienses!* exclamaba Alejandro. Paris impone no solo la ley, sino la moda; no solo la moda, sino tambien la rutina. Paris puede ser bestia cuando le parece, algunas veces se permite ese lujo, y entonces el universo es bestia como él; despues se despierta, se frota los ojos y dice:—Qué estúpido soy! y se rie ante el género humano. ¡Es una ciudad maravillosa! Es extraordinario que lo grandioso y lo burlesco formen en ella tan leal matrimonio, que la parodia no empañe lo majestuoso, y que la misma boca toque hoy la trompeta del juicio final y mañana la flauta hecha de un tallo de cebolla. Paris posee jovialidad soberana. Su alegría es un rayo y su farsa lleva cetro; su huracán sale á veces de una mueca; sus explosiones, sus jornadas, sus obras maestras, sus prodigios y sus epopeyas llegan hasta el fin del universo, lo mismo que sus despropósitos. Su risa es la boca de un volcán que salpica toda la tierra; sus bufonadas son chispas. Así como impone á los pueblos su ideal, impone sus caricaturas. Los más altos monumentos de la civilización humana aceptan sus ironías y prestan su eternidad á sus chuladas. Paris es grandioso; cuenta con su mag-

nífico 14 de Julio, que dá libertad al mundo; obliga á todas las naciones á repetir el juramento del Juego de pelota; su noche del 4 de Agosto destruye en tres horas tres mil años de feudalismo; hace que sea su lógica el músculo de la voluntad unánime, y se multiplica bajo todos las formas de lo sublime; llena de resplandores á Washington, á Kosciusko, á Bolivar, á Botzaris, á Riego, á Bem, á Manin, á Lopez, á John Brown y á Garibaldi; está en todas partes donde resplandece el porvenir: en Boston en 1779; en la isla de Leon en 1820; en Pesh en 1848; en Palermo en 1860; murmura la poderosa consigna *Libertad* al oido de los abolicionistas americanos agrupados en la barca de Harper's Ferry y al oido de los patriotas de Ancona, reunidos á la sombra de los Arcos, delante de la posada de Gozzi, á la orilla del mar; crea á Canaris, á Quiroga y á Pisacane; irradia todo lo grande sobre la tierra; yendo hacia donde su soplo los empuja, y arrastrados por él, muere Byron en Missolonghi y Mazet en Barcelona; es tribuna para Mirabeau y cráter para Robespierre; sus libros, su teatro, sus artes, sus ciencias, su literatura y su filosofía son los manuales del género humano; tiene á Pascal, á Regnier, á Corneille, á Descartes y á J. J. Rousseau; á Voltaire para cada minuto y á Molière para todos los siglos. Hace que hable su lengua la boca universal, y su lengua llega á ser el Verbo. Hace fructificar en todos los espíritus la idea del progreso; los dogmas libertadores que forja son para las generaciones espadas flameantes, y la inspiración de sus pensadores y de sus poetas ha formado desde 1789 los héroes de todos los pueblos, y Paris, que transfigura al mundo con la luz de su progreso, tiene sus pilluelos; dibuja con carbon la nariz de Bouginier en la pared del templo de Teseo, y escribe en las pirámides: *Credeville, ladrón*.

Paris enseña siempre los dientes: cuando no gruñe, rie.

Tal es la gran ciudad. Las columnas de humo de sus chimeneas son las ideas del universo. Monton de barro y de piedra si se quiere, pero que se afirma sobre él un sér moral. Es, no grande, sino inmenso. Por qué? Porque se atreve. El progreso es el premio de la audacia. Prueban esta verdad las conquistas más sublimes. Para que se verifique la Revolución no basta que la presienta Montequieu, que Diderot la predique, ni que Beaumarchais la anuncie, ni que Con-

dorcet la calcule, ni que Voltaire la prepare, ni que Rousseau la premedite; es menester que Danton se atreva.

El grito ¡*Audacia!* es un *fiat lux*. Se necesita, para que progrese el género humano, que encuentre en las cumbres de la sociedad lecciones de valor altivas y permanentes. Las temeridades deslumbran á la historia y dan gran claridad á los hombres. La aurora es audaz cuando aparece. Intentar, desafiar, persistir, luchar cuerpo á cuerpo con el destino, asombrar á la catástrofe, haciéndola ver que no la tememos, y afrontar los poderes injustos, son los ejemplos que necesitan los pueblos; esta es la luz que los electriza. El mismo relámpago formidable enciende la antorcha de Prometeo que el bota-fuego de Cambronne.

XII.

El porvenir latente en el pueblo.

El pueblo de Paris, aunque hombre ya formado, es siempre el pilluelo, y retratar á éste es retratar la ciudad; por eso hemos estudiado al águila en el gorrión.

En los arrabales es donde principalmente aparece la raza parisiense; allí conserva la pureza de su sangre y tiene su verdadera fisonomía; allí ese pueblo trabaja y sufre, y el padecimiento y el trabajo son las dos caras del hombre. Allí existen cantidades inmensas de séres desconocidos, en los que abundan los tipos más extraños, desde el descargador de la Rapée hasta el desollador de Montfaucon. *Fex urbis* (hez de la ciudad) los llama Ciceron; *mób*, Burke, indignado; turba, multitud, populacho, etc. Ciertamente que es fácil clasificarlos así; así son, pero esto qué importa? Si van con los piés descalzos, si no saben leer, tanto peor. Por eso vais á abandonarlos? ¿Consentireis que su desgracia se trueque en maldición? ¿La ilustración no puede penetrar en esas masas? Repitamos este grito: Luz! Luz! obstinémonos en él. ¿Quién sabe si esos séres opacos llegarán á ser transparentes? ¿Las revoluciones no son transfiguraciones? Filósofos, venid; enseñad, iluminad, pensad y hablad en voz alta; corred alegres hacia el vivo sol, fraternizad en la plaza pública, anunciad la buena nueva, prodigad los alfabetos, proclamad los derechos, cantad Marsellesas, sembrad el entusiasmo, arrancad las ramas verdes de las encinas. Haced de la idea un torbellino. La

multitud puede llegar á ser sublime. Sepamos utilizar la vasta hoguera de principios y de virtudes que chisporrotea, estalla y se conmueve en momentos dados. Los piés descalzos, los brazos desnudos, los harapos, la ignorancia, la abyección y las tinieblas pueden emplearse en conquistar lo ideal. Mirad al través del pueblo y descubriréis esa verdad. La vil arena que oprimen vuestros piés echadla en el horno; se fundirá, se cocerá, se convertirá en brillante cristal, y por la virtud de éste, Galileo y Newton descubrirán los astros.

XIII.

El muchacho Gavroche.

Ocho ó nueve años despues de los acontecimientos que describimos en la segunda parte de esta novela, se veia en el boulevard del Temple y en las regiones del Chateau d' Eau un chicuelo de once á doce años, que seria el ideal perfecto del pilluelo que acabamos de bosquejar si, á pesar de la sonrisa, propia de la edad, que dibujaban sus labios, no hubiese tenido el corazón sombrío y absolutamente vacío. Este muchacho llevaba pantalon de hombre, que no era de su padre, y camisa de mujer, que tampoco era de su madre. Personas caritativas lo habian vestido de desechos, y sin embargo, tenia padres; pero su padre no se ocupaba de él y su madre no le queria. Era una de esas criaturas dignas de lástima y que son huérfanas á pesar de tener padres.

Este muchacho solo se encontraba bien en la calle: el empedrado era para él menos duro que el corazón de la mujer que le dió á luz. Sus padres le arrojaron al mundo de un puntapié.

Empezó á volar por sí mismo.

Era una criatura descolorida, amiga de la bulla, lista, chancera, viva y enfermiza. El chico iba, venia, cantaba, jugaba al chito, escarbaba en los arroyos, robaba lo poquito que podia, alegremente como los gatos y los pájaros; se reia cuando le llamaban galopin y se incomodaba cuando le llamaban granuja. No tenia hogar, ni pan, ni lumbre, ni cariño de nadie, pero estaba contento porque era libre.

Cuando estos desventurados séres llegan á ser hombres, casi siempre la rueda del orden social los encuentra y los tritura; pero mientras son muchachos se